

AL ENCUENTRO CON LA TIERRA

DOCTOR D. CÉSAR PÉREZ DE TUDELA
*Académico Correspondiente de la sección de Humanidades
de la Real Academia de Doctores de España*

«Al Encuentro con la Tierra» fue el título de uno de mis primeros libros hace cuarenta años.

En él contaba cómo emprendí un camino lleno de ilusión por la vida, una vida difícil, partiendo del suelo para ir ascendiendo paso a paso, esfuerzo a esfuerzo, hacia la vida en donde hay cimas, vaguadas y también depresiones que hay que continuar superando.

Enseguida percibí la vida como una conducta ascendente, en la que el hombre debía caminar paso a paso, viviendo en el camino.

En esa ilusionante ruta de ir al Encuentro con la Tierra pasé revista a tantos obstáculos vencidos en aquellos primeros tiempos, recordando la idea orteguiana: la vida es una permanente carrera de dificultades, una escalada en la que dando la espalda al abismo, vamos subiendo agarrándonos con cuidado y limpio humor a lo que nos parece que más nos gusta, estirándonos, entrenando el cuerpo y el espíritu para ganar el espacio que se encuentre en la línea nuestra dignidad.

Desde muy joven me pareció ver que al ir al Encuentro con la Tierra representaba cumplir los retos y desafíos que la naturaleza nos imponía: Marchando tras el horizonte, allí estaban las montañas.

En ese libro que editó la Editora Nacional, fui describiendo mi camino hacia la vida, que para mí fue siempre el camino hacia la cima, atalaya de la que tan pronto como había llegado tenía que descender nuevamente. La cima era la atracción y la escuela, la vida estaba abajo, en el valle.

En ese ir al «Encuentro con la Tierra» aprendí que frente a ella el hombre es algo frágil, que va percibiendo la absoluta desproporción entre Dios y el hombre, la infinitud de lo divino y la pequeñez humana.

En esa naturaleza hostil y hermosa el hombre puede vivir en plenitud (entre desiertos de hielo o cimas erguidas) contemplando, respirando y caminando, pero fundamentalmente experimentando y buscando el conocimiento, persiguiendo a la amiga verdad, que decía Ortega...

Caminando siempre, entre el sol o la tormenta, y aprendiendo del camino, escalando con esfuerzo y recreándonos en el trabajo bien hecho.

Es importante llegar a una cima, pero lo verdaderamente trascendente no es alcanzarla sino vivir la experiencia del camino.

Tenemos que saber buscar el mejor sentido a la vida, siguiendo el sendero, descubriendo y abriendo por nosotros mismos esa nueva ruta hacia un ideal, con un sentido que se adapte a nuestras facultades y condiciones.

¿Sentirse feliz es lo más deseable? ¿O la felicidad es un signo conformismo y aún de falta de ambición?

Es necesario conocer nuestros errores para asegurarnos de no repetirlos, sin aceptar siempre el pensamiento dominante.

Solo quiénes ven la vida caminando alumbrados por su luz pueden elevarse, abriendo su propio sendero para alcanzar la cima.

Caminando esforzadamente, sin desdeñar ese retazo de «locura» en el que puede existir algo positivo.

Caminar y escalar siempre al lado de los amigos ejerciendo la prudencia en lugar de la agresividad, ya que es mejor alabar que criticar.

La crítica siempre es fuente de resentimientos. La crítica hay que ejercitarla contra uno mismo, siendo generoso con los elogios y gestos de afecto a nuestros próximos.

Si escalas montañas y nadas en los torrentes de aguas violentas, sigue dando gracias a Dios para que tú vida no sea fácil. La vivencia conduce al saber y es en sí la esencia de la aventura, la que se esconde en el fondo del alma, siguiendo ese camino nuevo y sin huellas.

EL HALLAZGO DE LA DIFICULTAD

Es la dificultad la que nos hace ser. El hallazgo de la dificultad fortalece la disciplina y nos acerca a la exigencia.

Nietzsche la llamó «disciplina del sufrimiento», en la que el alpinismo fue utilizado por el filósofo como recurrente metáfora en «Así habló Zaratustra». En ese entorno de majestuosidad, frío y distante, es donde el hombre puede reinventarse a sí mismo, moldeando su propia faz.

En el camino de la cima vamos liberándonos del «ego», conociendo nuestra conciencia y acorazándonos contra las crisis del ánimo y confesando nuestros frecuentes errores y pecados.

En los caminos ejercitaremos el cansancio, el optimismo, el miedo, el dolor y el valor, verdaderos tesoros del hombre, descubriendo nuestros mismos poderes espiri-

tuales y mentales: exploración psíquica de la existencia que nos conduce al ensueño místico.

Los místicos son los exploradores de la aventura, un misterio a resolver, percibiendo la infinitud de lo divino y la pequeñez de lo humano, la desproporción absoluta entre Dios y el hombre.

«IR HACIA ARRIBA SOSTENIÉNDOSE SOBRE LA NADA»

En la cima la purificación nos hincha de virtudes mágicas.

Solo si sigues adelante reforzarás la voluntad y el «ser». Si no aceptas el reto ante el peligro, será muy frecuente sufrir un deterioro en la autoestima. Si continúas hacia la meta, podrás ver que los riesgos eran más controlables de lo que habías supuesto. Superar el peligro nos hace mejores y nos fortalece. Asustarse y dominar el susto es una forma portentosa de mejorar.

La dimensión de aventura nos enseña que lo importante no es llegar solo a la cima, si no vivir aprendiendo en el camino.

Los místicos son los exploradores de la aventura, los que han expresado el dolor, la superación, la decepción y la felicidad.

La aventura es el afán inexorable de buscarse a sí mismo, y con ello un incesante salir al universo.

EXPLORARSE A SÍ MISMO

Ir más allá de ti.

Ir hacia arriba sosteniéndose sobre la nada.

El camino de la aventura es en el camino de la vida intentar aquello que no sabes con certeza si lo podrás lograr.

La cima, triángulo mágico, «la cima de la vida» fue donde surgió la religión y en donde el hombre pudo hallar el fondo mismo del ser.

Esa aventura del camino nos ayuda a la exploración de nuestra propia existencia (exploración psíquica) la que comporta un ensueño místico, que cada día es más real.

Caminando hacia la cima, en esa aventura de la vida, el hombre va percibiendo la absoluta desproporción entre Dios y el hombre, la infinitud de lo divino y la pequeñez humana.

El camino ascendente debe establecer metas y retos. Las metas son el vigor de la vida, siendo cada paso una meta sin dejar de ser solo un paso.

CAMINAR SOLITARIO

En ese caminar solitario, fuera del mundo, el hombre percibe que es el mundo el que está dentro de él y se pregunta:

¿Qué es lo que hice mal hoy?

El ideal es nuestro destino. Solo lo conseguiremos con disciplina, coraje y voluntad. Y al llegar a la cima nos sentiremos «purificados» y henchidos de virtudes.

Si la lectura de un escrito nos ha interesado será necesario su estudio. Pero es mejor oír, de viva voz a los maestros, los grandes temas de las verdades eternas. Aún es más intenso y aleccionador oír que leer.

Caminaremos con la energía del pensamiento, utilizando también la imaginación. Lo que nos digamos a nosotros, puede ser más importante de lo que los demás puedan decir de ti.

Y así tus sueños te llevarán paso a paso a tu destino.

Si en el camino surge una dificultad peligrosa, el miedo nos invadirá, primero para alertar a nuestra mente, las manos sudarán agarrándose a donde puedan con los músculos tensos, mientras una luz muy intensa recorrerá la periferia de nuestro cuerpo iluminando nuestros pasos. Esa será la mejor respuesta frente al peligro.

La luz interior aparecerá con una fuerza extraordinaria: es la voluntad, el dominio, y la energía moral... la que se eleva por encima de la vulgaridad por su valor educativo y por su concepción deportiva.

La solemnidad del camino de la cima inspira los mejores pensamientos y un constante sentimiento de curiosidad.

El encuentro con las montañas y sus paisajes majestuosos es magnífico, pero como la vida en sus momentos más intensos también encierra el peligro y nos asusta: caídas, avalanchas de nieve y de rocas, agotamientos, pérdidas de rumbo, hipoxia, fríos y vientos...

Entonces nos preguntamos:

¿Es noble enfrentarse a los peligros? ¿O puede ser un drama atroz? ¿Es más espanto que júbilo? ¿Son más vida que muerte?

¿LA LIBERTAD ES SOLEDAD?

Ejercitar la libertad es subir el camino hacia la altura, inspiradora de pensamientos profundos y sencillos...

Por ello habrá que combinar la libertad y la servidumbre.

Subir es una garantía de iluminación, experimentar un amanecer artístico, llegar a la cima para ver más allá, física y metafísicamente.

La luz, los destellos del hielo y de las rocas heladas crean el resplandor alpino. Ni siquiera la luz del mar, sobre el agua o sobre las dunas del desierto, se puede comparar en belleza e intensidad con esplendor alpino.

Primero fue el mar, para pensadores y filósofos, el escenario único, mientras el camino de las cimas se perdía en los misterios insondables.

Las aventuras de Ulises solo son poemas de mar.

Tuvieron que pasar algunos siglos para que surgiera el Olimpo, el Parnaso, el Ararat, el Sinaí, el Atlas y el monte Meru...

El sentimiento del camino de las cimas era el estudio preferido de los sabios religiosos...

Tuvo que llegar la inspiración del horizonte

Agujas del diablo, montes malditos, llenos de leyendas y mitologías.

— Pedro III de Aragón en su ascensión al Canigó.

— Petrarca en el monte Ventoux en 1492.

— Carlos III de Francia en el monte Aiguille en 1511.

— Leonardo de Vinci en el monte Boso.

— Horacio Benedicto de Saussure en el Mont Blanc (Montañas Malditas) aire, presión barométrica de la altitud, un mundo nuevo... 1786.

Y así reaparece, como un modernismo, a finales del siglo XVIII con una fuerza extraordinaria: voluntad, dominio, energía moral... elevándose por encima de la vulgaridad por su valor educativo y su concepción deportiva.

Ruskin rinde culto espiritual a las montañas: las catedrales de la Tierra y los monasterios se esparcen por los Alpes.

«Las heridas del alma se curan en las cimas», Byron, Juan Jacobo Rousseau, Saussure...

Se va descubriendo que las montañas están llenas de rigor ascético y de pureza. La montaña pertenece al orden del espíritu.

Grandes masas erguidas hacia el cielo. ¿También el hombre se yergue hacia arriba?

Y en el paroxismo de la acción, el hombre se siente lleno de una intensa euforia, especialmente en las situaciones próximas a la «caída»; la reacción psíquica, la lucha desesperada, reflejos inmediatos, movimientos de exacta precisión que descubren las condiciones absolutamente desconocidas del hombre y que en su aspereza esconden la trascendencia de una máxima exaltación.

En el camino hacia la cima el hombre se afianza en la expresión inédita de sí mismo, en el sentido de la superación, tantas veces superlativo y pleno de valores espirituales.

LA EXIGENCIA DE LA SUPERACIÓN

En el riesgo vivido estaba la recompensa, esa inmensa sensación de euforia.

Es muy difícil explicar cómo es el camino de las cimas. Nada se le podría parecer a estos hondos precipicios, a estos valles infinitos, con paredes abruptas y altísimas, los barrancos tenebrosos, los glaciares como ríos helados, las aristas, los torrentes, las rocas enormes en equilibrio, y el resplandor de las nieves...

Solo un ligero tropiezo podría ocasionar la muerte. Su contemplación es horror y es júbilo al mismo tiempo, placer, y miedo al pensar en el peligro.

Este camino arduo, bello y difícil propicia y provoca la indagación filosófica.

Las avalanchas de nieve impresionan y arrebatan el ánimo, aterrorizan e incluso generan fuertes emociones e ilusión del peligro.

En 1785, Juan Jacobo Rousseau, se refería a la necesidad de escalar y caminar por vertientes de pendientes nevadas, por aristas de roca con caídas a ambas vertientes que asustaran el ánimo...

Sufrir apuros... búsqueda intensa del riesgo... auténtico miedo...

Pero nunca dar la espalda al peligro. La decisión, aunque sea prudente, de retroceder produce un deterioro en la autoestima.

«Haz siempre lo que sea más difícil».

Descubrir, mirar, explorar... ansias de libertad. El hombre solo, sin máquinas frente a la inmensa naturaleza, entre el frío, el calor, el hambre la sed y el desfallecimiento... miedo, cansancio, lucidez, satisfacción, alegría, imaginación, equilibrio y búsqueda, siempre eternamente búsqueda... para conducir al cuerpo a donde ya se encontraba el espíritu.

Un reto, un moderno desafío. Pasando por donde nadie lo había hecho o por donde otros no pudieron hacerlo...

Se vive según el camino que escogimos: el camino de la vida y la vida está en el camino.

¿ES SOLO EL CAMINO DE LA CIENCIA?

Muchos no están de acuerdo y niegan, entre ellos Bonghi, que la atracción del camino de las montañas sea solo la búsqueda de la ciencia. Vencer obstáculos, conocer tu psiquismo, sentir la libertad, vivir ejercitando la vivencia en los límites del

mundo en soledad, sentir la conciencia del espacio y del tiempo que allá arriba pasa a gran velocidad entre sensaciones nunca antes sentidas...

Especial vivencia de poderío, dominio moral sobre las dificultades, modo especial de trascendencia, conciencia seguridad en lugares peligrosos... Solo me es seguro lo inseguro e incierto decía Ortega...

Y así vamos pasando desde el temor terrorífico (en el Sinaí, antes de Moisés, las leyendas mencionaban a gigantes tirando desde las alturas grandes peñas... la sacralidad de los montes en el Himavat y en los Andes, el pavor ante los volcanes, el Olimpo de los dioses, el Parnaso de las musas, el mito de Krishna —el cielo se oscureció entre un espantoso huracán— en el Ararat la humanidad reanudó la vida con el Arca de Noé...).

Y la montaña que antes solo fue el fondo del paisaje, una línea en el horizonte, se convierte con los siglos en el símbolo de la aspiración hacia la pureza, en el camino ascendente hacia la felicidad.

MIS ÚLTIMOS CAMINOS

Expediciones al Everest, Kahn Tengri, Ararat y Nevado del Ruiz

La expedición al Everest de 2009 fue una dura aventura, atravesando los yermos territorios del Tíbet desde Nepal, para alcanzar el Monasterio de las Nieves, el de Rongbuk.

Allí, tras algunos días de entrenamiento subiendo y bajando, de 5.300 a 6.000 metros para aclimatar mi organismo a la altitud, esperaba encontrarme bien después de unos días de aclimatación y esfuerzos.

Pero no pude esperar tanto. Pasé una noche de constantes alucinaciones, entre intensas y repetidas luces que me producían confusión y nerviosismo, despertándome bajo una honda sensación de angustia que se entremezclaba con el frío glacial del interior de la tienda.

Así fue a lo largo de varias noches. Era lo que algún investigador, como el profesor Z. Ryn, psiquiatra de la Universidad de Cracovia, había bautizado como situaciones hipnagógicas, un comportamiento mental no estudiado, en el que se entremezcla el sueño con la realidad que se está viviendo. Yo había tenido sueños en distintas montañas, visiones en situaciones desagradables y normalmente trágicas, pero nunca con la intensidad de estas señales luminosas que estaba recibiendo que desbordaban las pantallas de mi conciencia.

Un amanecer decidí marcharme. Tantos esfuerzos preparando la deseada y temida expedición, buscando financiación, meses de trabajo, cantidades dinerarias invertidas, todo para retirarme en las primeras laderas de la ansiada montaña.

No podía pasar allí otra noche más. Era una reacción irracional ante una misteriosa amenaza imposible de comunicar: sueños sin explicación, llenos de espantosas luces que podían ser unas reiteradas advertencias, señales de peligro, reiterados avisos.

—¡No sigas subiendo! ¡Si continúas morirás!

Tras una noche horrible que soporte como pude, víctima de la angustia y de la asfixia, decidí abandonar la expedición huyendo de aquel lugar frío, pedregoso y sucio.

El Everest, esa montaña soñada en la que había basado efectuar un camino hacia la idealidad, permanecía muda y desenfocada en el fondo de aquel valle glaciar.

Ahora cuando pienso en aquella honda derrota, también recuerdo una escena de aquella expedición internacional, cada uno de nosotros sentados alrededor de una mesa en el campamento base. Miraba a la cara de todos ellos y yo era el más mayor y también el que tenía más fallos cardiacos. Yo era el más débil.

Recuerdo claramente mi pensamiento:

—Si las circunstancias se ponen difíciles yo soy el que morirá primero.

¿Era eso lo que me querían apercibir esas luces inmensas y horribles que fui sufriendo en aquellos sueños?

La expedición de la que yo había formado parte, unas semanas después de mi abandono, acusó algunas bajas mortales:

Veslav Chrzaszcz, un checo lleno de fuerza, murió en el collado norte. Se desplomó y nada pusieron hacer sus compañeros para reanimarle. Le enterraron allí mismo bajo la nieve con su piolet de cabecera.

Frank Ziebarth, un joven alemán que parecía el más fuerte, se resistía a morir arrastrándose por el hielo, descendiendo víctima de un edema cerebral que lo aniquiló. Su compañera, la polaca Anna María Baranska, pudo sobrevivir en condiciones extremas. El ecuatoriano Jairo González Landazuri fue abandonado por su sherpa que se le llevó el oxígeno, sobreviviendo a una noche sin abrigo sobre los 8.000 metros. El veterano italiano Luigi Rampini bajo como pudo de las alturas, a diferencia del chino Wu Wen Hong, que murió en el descenso como el alemán ya mencionado.

Me remito a mis crónicas emitidas en la cadena COPE y publicadas en distintos medios de información.

MIS CRÓNICAS DEL EVEREST. EXPEDICIÓN MADRID

Presentación

Tuve un infarto grave en el Everest en 1992, lo que no me ha impedido desde entonces emprender numerosas expediciones a montañas de la Tierra, con excepción de las cimas más altas del Himalaya que han estado para mí prohibidas.

Hace dos años me cargué de optimismo, me sometí a dos intervenciones cardiacas (instalación de «stent» y una larga sesión neutralizando mis arritmias ventriculares para prevenir —en lo posible— la amenaza de una muerte súbita).

Y haciendo que no veía las miradas escépticas de los prestigiosos cardiólogos que me habían tratado: Doctora Boraíta y doctores Macaya y Fernández Ortiz, decidí irme al Everest.

Quería hacer realidad mi novela «El Lama Milarepa», en la que mi personaje, el barón de Cotopaxi, llegaba a la cima del Everest y así convertir la fantasía en realidad.

«Un esfuerzo más y lo que iba a ser un fracaso puede convertirse en un éxito», me dije recordando el Lao Tse.

Pero fracasé. Y esta es su pequeña historia.

Crónica primera

El afán de la aventura se esconde en el fondo del alma. La vida es un misterio y poco razonables los motivos que alegan quienes se aventuran en los peligros de las altas montañas.

Este es mi caso, a punto de pasar la frontera entre Nepal y el Tíbet.

Deseo fervientemente intentar llegar a la cima del Qomolangma (Everest), una pasión que surge del fondo del ser. Para mí creo que es un reto y también una deuda.

Con éxito o sin él será una dura y extenuante peregrinación hacia la altura que asfixia y mata, pero que nos permite captar ese espíritu que subyace en las grandes misiones del hombre. Es posible que deba a Dios este camino por haberme ayudado a sobrevivir tantas veces a lo largo de estos fascinantes cincuenta años, en las luchas de la vida vertical, superando con alegría los pasos difíciles que la vida impone.

Es curioso como ahora, miles, decenas de miles de personas de la sociedad desarrollada empiezan a querer vivir los grades momentos del peligro y del esfuerzo, quizás buscando esa esencia que los idealistas alemanes pusieron de manifiesto en el pasado siglo XX.

Ayer encontré a mi amigo, el doctor Pujante, eminente neurocirujano barcelonés que coincidirá con nosotros en la para mí temida ascensión al Everest (Qomolangma) por la cara norte. Pujante, mucho más joven, ya escaló el Everest por el Nepal, pero quiere repetirlo por el Tíbet sin oxígeno. Mi reto es más modesto. Yo solo quiero volver a lo alto para llenarme de luz y bajar para contarlo. Así pagaré y redimiré mis pecados de orgullo buscando esa bondad fundamental para vivir con dignidad. Ya se lo contaré en el blog.cesarperzdetudela.com

Crónica segunda

Entrar en China ha sido lento y difícil para los expedicionarios que íbamos al Everest. La periodista Elizabeth Hawley dijo que China estaba terminando de limpiar de muertos el Everest, los que pudo ocasionar la ascensión a la cumbre del Fuego Olímpico el pasado año.

No sé lo que habrá de cierto.

Esperamos dos días en el Kodari, viviendo en las casas colgadas del precipicio sobre el río Shun Khosi. China ha edificado una verdadera frontera entre Nepal y Tíbet. Cruzar a China tiene ya el formalismo que requiere entrar en un país poderoso y exigente. Ya no se pasa de cualquier forma como años atrás. Yo cruzo la frontera con miedo, ocultando el teléfono Satlink vía satélite que está terminantemente prohibido.

Todo ha cambiado mucho en estos dieciocho años de ausencia. Ya no están los muchachos tibetanos con coletas negras que gritaban ¡Dalia Lama! El Tíbet es más China y menos Tíbet. Hay multitud de chinos venidos de los rincones del imperio para colonizar estas tierras desérticas llenas de futuro. Hoteles, comercios, restaurantes... Zhanmu y Khasa son ahora casi ciudades en las infinitas vertientes del Himalaya. La vida ha cambiado mucho. Hay que reconocer que los hospedajes son mejores y las condiciones generales de vida también. Una gigantesca carretera que costará muchas vidas va abriéndose camino...

Ayer llegamos a Kaylan a casi 4.000 metros y nos hemos entrenado subiendo a una montaña de 5.000 metros.

Cada vez que subo me doy cuenta de lo mucho que cuesta subir, paso a paso, coordinando el ritmo del corazón y de la respiración con las piernas, sintiendo el esfuerzo y ese pequeño dolor de cabeza de la altitud con el fuerte viento que golpea sin cesar.

Hoy también me he repetido: «¿Si subir a 5.000 metros me exige tanto esfuerzo, que será a los 8.000?».

En Nyalam, la mayoría de sus habitantes son chinos. Se percibe un cambio social; más limpieza, niños escolarizados bien equipados, mientras los tibetanos aborígenes quedan relegados en un barrio marginal con sus estandartes coloristas y los excrementos de yak pegados en la fachada de sus casas para secarlos y que sirvan de combustible como tantos siglos antes.

Voy subiendo cansado por el esfuerzo y me doy cuenta de que no estoy tan en forma como creía. Camino desanimado y es entonces cuando pienso que el Everest puede ser un objetivo superior a mis condiciones. No me arrepiento de haber llegado hasta aquí, pero pienso en que puedo fracasar y en el riesgo que ya casi inevitablemente voy a correr.

De pronto, descendiendo la montaña, una vieja melodía sale de mis recuerdos y me siento rejuvenecer. Surge del fondo de mí, y escuchándome me llega la imagen de tantos amigos de la montaña, unos vivos y otros muertos: Pirinoli, el Berzas, M. A. Herrero, Pepe Arias, Ramón Blanco, Alandi, Tecglen... pasado inevitable lleno de sentimientos. Ello me ánima.

Mañana estaremos en Tingri después de haber atravesado un alto collado de 5.300 metros, lleno de banderas de la oración. Esta nueva carretera evita pasar por lugares que me parecieron memorables, como Shegar, en donde está el famoso Dzong, la gran fortaleza con templos lamaístas, arrasada por la revolución cultural china.

Dentro de tres días llegaremos a Rongbuk y pasando el monasterio, veremos cómo el Qomolangma domina todo el paisaje. Allí comenzaran las subidas y las bajadas. Allí estará la verdad para los que deseamos llegar a la cima del mundo. Un cordial recuerdo desde el Himalaya. www.cesarperetzdetudela.com

Crónica tercera

Tingri es un poblado perdido en el desierto del Tíbet, al otro lado del collado de Lalung La, de 5.200 metros, desde donde hacia el sur se distinguen las cimas blancas del Himalaya, especialmente el Everest y la inmensa cúpula nevada del Cho Oyu.

Continuamos la aclimatación que comenzamos hace ya dieciocho días subiendo y bajando pequeñas montañas del valle de Lan Tang.

Ascendemos a una colina de color de adobe, que parece una gigantesca duna de arena con casi mil metros de desnivel, desde donde se divisan grandes y frecuentes remansos de agua, que parecen lagos, causados sin duda por el deshielo y las tormentas. Descendemos optimistas para pasear por el poblado mirando las duras condiciones de vida de los tibetanos. El Everest nos espera.

La huella que seguimos, subiendo y bajando collados, pasa por numerosas casas en donde siempre ondea la bandera china.

El monasterio de Rongbuk aparece, pero el paraje está desfigurado por la instalación de una elevada antena de comunicaciones que resta naturalidad al paisaje.

Un poco más allá, en lo que es la inmensa morrena terminal del glaciar de Rongbuk es el lugar en donde se establecen los distintos campamentos bases. Los chinos han construido unas casas de piedra y en las obras han arrasado el memorial que dedicamos a Rafael Gómez Menor, que murió en nuestra tentativa de 1990. El lugar me parece despacible y sucio viendo como esforzados soldados del ejército chino vigilan la zona acompañados por los continuos ladridos de sus perros.

LA HISTORIA DE UN FRACASO. EXPEDICIÓN «MADRID 2009 AL EVEREST»

Por fin había llegado al monasterio de Rongbuk y al campamento base del Everest.

Sabía que a mi persona —por cronología— ya no me correspondía el reto de los «ochomiles». Yo era de una época anterior en la que los alpinistas ambiciosos teníamos el desafío de las famosas paredes nortes de los Alpes, y de otras cordilleras de la Tierra, que eran puro y exigente alpinismo de dificultad, una etapa a mi juicio más consistente que esta moda más mediática de la colección de «ochomiles» que son montañas muy semejantes.

Si yo volvía al Everest lo hacía para levantarme ante la adversidad, lo que ha sido la razón de mi existencia. El Himalaya siempre me había tratado con dureza y desdén.

En 1971, en el Hindu Kush, murió Elena, mi mujer, tras haber abierto una difícil ruta en el Tirich Mir Oeste. En 1973 me salvé milagrosamente en el Annapurna, en mi tentativa solitaria. En 1990, en el Everest, cayeron cinco compañeros de expedición en la pared del Chang La (Collado norte) entonces en absolutamente soledad. En 1992 tuve un duro infarto superando el Khumbu y fui rescatado *in extremis* por unos inolvidables compañeros.

Por lo tanto sé, sabía, que el Himalaya y otros macizos montañosos de Asia no eran mis montañas. En ellas hace falta disponer de mucho tiempo y de mucho dinero. Curiosa exigencia en esta vida en la que el tiempo, a mi edad, vale todavía más que el dinero.

Pero estimé que quería regresar al Everest para culminar este duro y dramático camino y analizarme en conciencia tratando de saber más sobre esta pasión del alpinismo tan desconocida y también tras-racional. Iba más empujado por el estudio y la observación de mi «subjetividad» que por el objetivo deportivo en sí mismo. Quería llegar a lo alto para poder describir los episodios de mi conciencia con verdadera honestidad, para explicar en que se basa esta ilógica pasión y en el «por qué» de esta vida peligrosa plagada de desmesuras.

Con la escalada del Everest estaría tranquilo. Allí estaba la síntesis de todos los macizos montañosos de Asia. También me apasionaba el K2. Cualquiera de estas dos montañas, Everest o K2, una u otra, hubieran sido —serían— para mí el logro del simbolismo máximo.

Pero una vez más no he tenido suerte. No me han valido mis entrenamientos, ni mi ilusión. Y veo con decepción que mis lesiones cardíacas siguen vigentes, lo que puede dejar inacabados mis estudios y meditaciones sobre esta locura metafísica del alpinismo.

ASÍ FUE

Una de esas noches de la altitud, todavía por fortuna en los campamentos bajos, campamento base e intermedio, sentí cómo la asfixia se presentaba acompañada de sueños insoportables que me anunciaran de forma insistente mi próximo declive.

De las catorce o quince personas que componíamos el grupo, en expediciones independientes, todos eran relativamente jóvenes, fuertes y experimentados. Yo era el más vulnerable por edad y por mi cardiopatía.

Entonces durante esos días previos de dura aclimatación en los 5.000/6.000 metros tuve varias noches de extraños sueños y de deficiencias respiratorias. La asfixia me asustaba, pero los sueños inconexos, constantes y luminosos eran insoportables, llegando a plantearme la huida de aquellos parajes.

¿Unos sueños, unas pesadillas, eran causa o motivo suficiente para hacer fracasar un proyecto tan difícil de realizar y tan deseado? ¿Era una decisión coherente?

No sé si mi decisión fue razonable, como tampoco puedo afirmar o calificar si mis sueños lo eran.

Relacioné mis problemas de respiración con mis lesiones cardiacas. Y pude recordar la angustia de la asfixia, la que sentí de forma muy clara los segundos que duró, cuando el parapente me estrelló contra una ladera, hace poco más de un año.

La angustia extrema de la asfixia solo se curó cuando pude respirar, cuando el corazón se puso nuevamente en marcha tras la parada cardiorespiratoria.

Esos sueños imprecisos e inenarrables fueron los que tras tres noches de horror me decidieron abandonar mi preparada y costosa expedición.

¿Eran un aviso de lo que podría ocurrirme?

Mi instinto me advirtió con rotunda insistencia con aquellos sueños que no podía soportar una noche más.

Tampoco yo entendía razonablemente lo que podía estar pasándome.

Volví a Khatmandu confuso y derrotado nada más haber llegado bajo el Everest.

Mi hijo Bruno se reincorporó a la expedición. Amigo de todos fue aclimatándose. En el campamento del Collado Norte, tras escalar la pared del Chang La, camino de la cima, el día 17 de mayo fue testigo de la rápida agonía del checo Veslav Chrzaszcz, con quien habíamos convivido durante los primeros quince días. Nada pudieron hacer para salvarlo: inyecciones de adrenalina, oxígeno y masajes en el corazón. Le enterraron allí mismo bajo la nieve con su piolet de cabecera.

Bruno se impresionó.

TRAGEDIAS Y HEROÍSMO

El doctor Pujante se encontraba en el campamento III a 8.300 metros y sufrió severas congelaciones en las manos, mientras su compañero Víctor Izquierdo de Álava, con sus pies sin dedos, amputados en una pasada tentativa, bajaba de la cima encontrándose a dos italianos que habían perdido la visión por congelación de las córneas, imponiéndose el deber de ayudarles en el complicado descenso, salvándoles así la vida con esta piadosa y admirable acción.

El ecuatoriano Jairo González de Landazuri también llegó a la cumbre, mientras el alemán Frank Ziebarth, fuerte y en posesión de varios «ochomiles» llegaba a lo más alto en lastimosas condiciones muriendo en el descenso. Jairo González de Landazuri, el ecuatoriano que llevaba años entrenándose en sus volcanes de Ecuador, durmiendo en las cimas del Chimborazo y Cotopaxi, bajó solo de la cumbre abandonado por su sherpa y vivaqueó desesperadamente sin saco y sin tienda a 8.000 metros. El italiano Luigi Rampini, alpinista histórico, quedó enfermo arrinconado en el campamento II, incapaz de continuar. En esos mismos días, el chino Wu Wen Hong, de cuarenta años, moría en el descenso agotado y víctima de un posible edema cerebral. Los canadienses, expertos alpinistas que habían escalado el difícil monte Waddington en la costa de la Columbia Británica, se retiraron también.

En la primavera del año 2009, en la vertiente china del Everest, el balance ha sido muy negativo. De alrededor de 135 candidatas, apenas unos 20 llegaron a la cima, de los que 10 eran de la numerosa expedición gubernamental china.

¿Yo pude presentir los trágicos resultados? ¿Mi intuición, tras los sueños de asfixia pudo advertirme? ¿Hice bien decidiendo mi retirada de forma terminante? ¿O quizá me precipité para ahorrarme sufrimientos?

Cuando me alejaba del Everest, cruzando el Tíbet, me sentía uno de los seres más desgraciados de la Tierra.

Pero después, al ir conociendo el final de la historia, nuevamente ha renacido en mí el optimismo. Doy gracias a Dios por haber tomado esa decisión. Yo era el más débil y vulnerable de todos aquellos expedicionarios, por mis particulares y arriesgadas circunstancias, y siento como posible y cierto, que de haber continuado ahora ya no estaría en la tierra de los vivos, otra vez pensando en volver, aunque he de confesar que mis esperanzas de llegar a lo más alto son razonablemente muy escasas.

Esta es la confesión de un explorador de montañas que sabe que no solo hay que narrar los éxitos.

También las historias de los fracasos forman parte de las grandes experiencias. En la vida, si no nos engañamos, todos tenemos tantos o más fracasos que victorias.

Mi personaje, mi «alter ego», el barón de Cotopaxi, vivió con realismo sobre la cima del Qomolangma las reflexiones metafísicas de quien, entre ensueños, adivina su futuro. A él querría yo parecerme («El Lama Milarepa» de la editorial Belacqva).

Leo que ahora la NASA, con Varden Ark, quiere investigar los sueños de la altura con motivo de las expediciones de astronautas al Everest, un entrenamiento para sus futuras expediciones a la Luna y a Marte.

Al final resulta que, otra vez, como siempre ocurre, se enlazan la ciencia y el misterio. El alpinismo trágico y fascinante es también un motivo para la investigación científica sin que pierda su hondo carácter de idealismo trascendental.

REGRESO DEL TIEN SHAN

Este es el artículo que publicó el diario «El Mundo» en julio de 2010, sobre mi fracaso y sobrevivencia en la montaña del Khan Tengri, una emblemática montaña de 7.000 metros en la inmensa cordillera del Tien Shan, entre Kirgizstan y Kajastán.

Regreso a la vida de César Pérez de Tudela

El éxito entusiasma, enardece y levanta el alma. ¿Pero la tristeza del fracaso también?

He regresado precipitadamente de las soberbias montañas del Tien-Shan, a las que había marchado —lleno de temor y a la vez de optimismo— pretendiendo alcanzar la cima del Khan Tengri, uno de los bellos y difíciles «sietemiles» de la Tierra, sirviendo de apoyo como guía alpino a la expedición de la «Asociación Española de Alpinistas con Cáncer» y promovida por la generosidad del alpinista José García

Romo quien, con este gesto, pretende seguir llevando ánimos a quiénes sufren la temida enfermedad y superando él mismo su grave dolencia.

He vuelto maltrecho y enfermo tras los esfuerzos realizados, cuidado y atendido por los mismos a los que yo pretendía ayudar, como justo castigo de mi imprudente perseverancia en esta preciosa locura del alpinismo.

He sobrevivido a una horrible y larga noche, dentro de una pequeña tienda que la nieve cubría, en lo alto del glaciar Inylchek, al lado de la impresionante pared de mármol rosa del Khan Tengri, uno de los parajes más alejados del mundo. Una noche en la que he estado sobreponiéndome a la muerte a cada instante, en un infinito calvario, víctima de un episodio cardíaco que aún no sé cómo ha podido resistir mi gastado y herido corazón.

Tras haberme resistido al viaje al «más allá», en el amanecer, tuve que levantarme y recorrer doce kilómetros de glaciar, saltando peligrosamente las grietas ocultas por la copiosa nevada, escoltando por dos leales compañeros, José y Alberto. Allí no había unidad de vigilancia intensiva «uvi», ni enfermeras con bata blanca, ni camas hospitalarias bajo el Khan Tengri, en su lugar, frío, nieve, cansancio agotador y precipicios. Solo un camino para abrir en los hielos del glaciar.

Otra dura lección en esta azarosa y fascinante existencia, en la que he podido sacar esa fuerza oculta que todos los hombres de cualquier condición mantenemos en la hondura del ser.

Días después he podido ser evacuado en un helicóptero del Ejército ruso por gestiones de la Federación Madrileña de Montañismo y de la Mutualidad General del CSD. ¡Gracias por ello! Viajando al lado de la majestuosidad de aquellas cimas y perfiladas aristas iba pensando que dejaba solos en su bondadosa misión a mis esforzados compañeros. Entre Kazajastán y Kyrgyzstán he podido sentir el calor del sol y de la vida que llegaba en la compañía de Anastasia, la mujer rusa esposa de García Romo, comisionada para ayudarme en la ciudad de Bishkek, capital del país, en donde evité ser internado para hacerlo si fuera preciso en Madrid. Gracias nuevamente a la Federación M. de Montañismo y la Mutualidad General Deportiva.

He aceptado otra vez el fracaso en esa esforzada vida de ilusiones. La vida de los alpinistas es como la misma vida, un drama, que siempre tratamos de ocultar y que no siempre termina en tragedia. Sigo vivo. Y seguiré luchando por estos «irracionales» ideales que solo son belleza y luz.

¿En qué otra actividad mítico-deportiva hay tanta vida y tanta muerte cómo en el alpinismo? Solo ello explica sus valores, su inmaterialidad, su mística y al fin su metafísica.

Me seguiré sometiendo a cuantas atenciones médicas sean necesarias para tratar de recuperar algo de aquellas facultades físicas, que a lo largo de mi dura y larga existencia, la ilusión por ser y los entrenamientos, me habían otorgado. También sé que los años han pasado inexorables dejando cicatrices por tantas esforzadas luchas.

Y debo decir también a quienes este humilde artículo leyeren, que no hay reflexión más honda que la de estos alpinistas entusiastas, quizá no racionalistas o

«transracionales», cómo diría Ortega, o el mismo Nietzsche, los que pretenden llegar a la cima del Khan Tengri sin porteadores, sherpas o cualquier infraestructura, para alegrar y animar a esos niños del Hospital «Doce de Octubre» de la Comunidad de Madrid, que quieren superar ese cáncer que los separa de la vida. ¿Qué mejor estímulo que la ilusión?, cómo dijo Gregorio Marañón. Esos niños esperanzados que han estampado sus pequeñas manos limpias sobre la bandera que mis compañeros dejaron en la cumbre. Mis compañeros que no son famosos deportistas, pero sí campeones de la superación y de la vida, los que invierten, sin ayudas o patrocinios de ningún orden sus mermados ingresos en la misión. La vida solo es una misión de la conciencia.

Al fin queda así al descubierto la esencia idealista que persigue la bondad en el deporte, lo que muy pocos conocen.

Esencia que no tiene que ver con los éxitos brillantes de gratificaciones millonarias y conmemoraciones apoteósicas.

¿El éxito, junto a la fe, la gratitud y la felicidad, pueden disolver la enfermedad? ¿También el fracaso puede ser energía? ¿Y el hombre lo que piensa de sí mismo?

Muchas gracias a todos los medios y a tantas personas que se han preocupado por mí. El fracaso también levanta el alma.

César Pérez de Tudela es alpinista. Medalla de Oro de la Real Orden al Mérito Deportivo y Académico de la Real Academia de Doctores de España.